

Sección a cargo de Guillermo Fernández



# ITALIA EN LA COLMENA

Héctor García G., 2003.  
(composición digital Mayra F)

# UMBERTO SABA

## Ciudad vieja

A menudo, cuando regreso a casa,  
tomo una oscura calle de la ciudad vieja.  
En un charco se refleja un farol  
amarillento, y hay bullicio en la calle.

Aquí, entre gente que viene y que va  
de la fonda a su casa o al lupanar,  
donde hombres y mercancías son despojos  
de un gran puerto de mar,  
reencuentro, caminando, lo infinito  
en la humildad.

Aquí marino y prostituta, el viejo  
que blasfema, la hembra que disputa,  
el dragón que se sienta en la fonda  
de frituras,  
la alborotada joven enloquecida  
de amor,  
son todas creaturas de la vida  
y del dolor;  
en ellas palpita, como en mí, el Señor.

Aquí, entre los humildes, me parece  
que mi pensamiento se purifica  
donde más ignominiosa es la calle.

## A mi mujer

Eres como una joven  
y blanca gallinita.  
Se le encrespan las plumas  
al viento, el cuello inclina  
para beber, la tierra escarba,  
pero al andar tiene tu lento  
paso de reina,  
y entre la hierba avanza  
opulenta y soberbia.  
Es superior al macho,  
tal y como lo son todas  
las hembras de todos  
los mansos animales  
que nos acercan a Dios.  
Si la mirada y mi juicio  
no me engañan, tus iguales son ellas,  
jamás otra mujer.  
Adormeciéndose en el ocaso,  
emiten voces semejantes a éstas  
tan dulces con que a veces te quejas  
de tus males, e ignoras  
que hay en tu voz la delicada y triste  
música de los gallineros.

Eres como la grávida  
ternera,  
sin pesadez y libre  
todavía, incluso gozosa.  
Si la acaricias, dobla  
su cuello, donde un rosa  
tierno tiñe su carne.  
Y si la encuentras  
y la oyes mugir, tan lastimero  
es su mugido, que arrancas  
hierba para dársela.

Así mi don te ofrezco  
cuando te siento triste.

Eres como una larga  
perra, siempre con tanta  
dulzura en los ojos  
y fiereza en el pecho.  
A tus pies una santa  
parece, ardiendo  
en su apego indomable,  
sin dejar de mirarte  
como a su Dios y señor.  
Si en casa o por la calle  
te sigue, sus cándidos  
dientes muestra a quien sólo  
acercársete quiera,  
y es que de celos  
sufre su amor.

Eres como la pávida  
coneja. En la estrechez  
de la jaula se yergue  
al mirarte,  
dirigiendo hacia ti  
las firmes y altas orejas,  
porque achicoria y salvado  
le llevas, y si de ellos  
la privas, se acurruca  
en oscuros rincones.  
¿Quién podría quitarle  
el alimento?, ¿quién el pelo  
que ella misma se arranca  
para formar el nido  
en el cual parirá?  
¿Quién te haría sufrir?

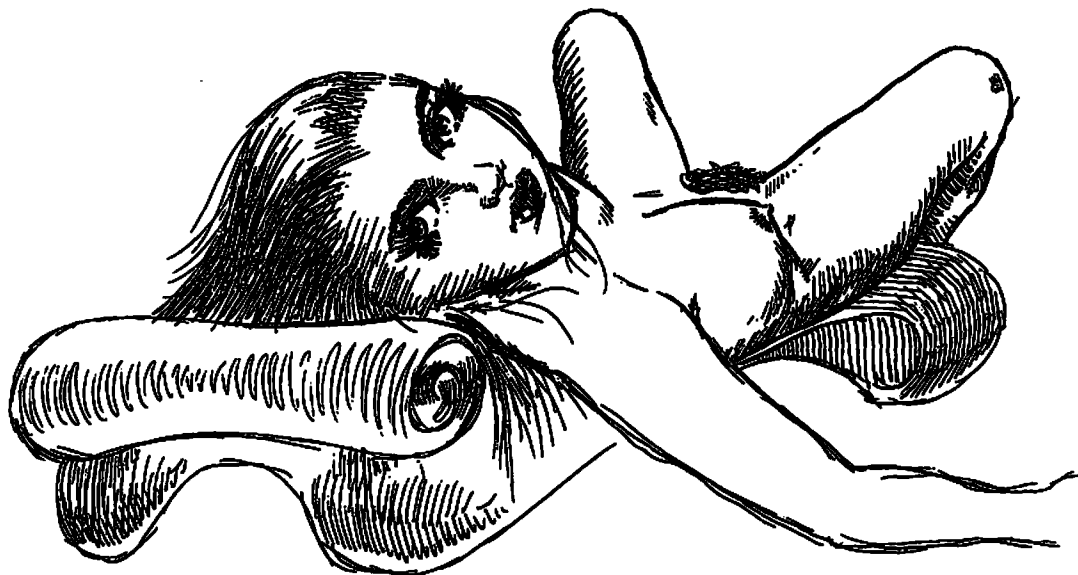
Eres como la golondrina  
que vuelve en primavera  
y parte en el otoño:  
una astucia que ignoras.

De la golondrina tienes  
la leve gallardía,  
lo que a mí —al ser y sentirme  
ya viejo—, me anunciaba otra primavera.

Eres como la hormiga  
previsora. De ella le habla  
la abuela al niño  
que la acompaña  
cuando van por el campo.  
Y así vuelvo a encontrarte  
en la abeja y en todas  
las hembras de todos  
los mansos animales  
que acercan a Dios,  
jamás en otra mujer.

## Ulises

En mi juventud navegué  
todas las costas dálmatas. Islotes  
brotaban a ras del agua —donde un raro  
y atento pájaro acechaba a su presa—,  
cubiertos de babosas algas, bellos  
como esmeraldas al sol. Y cuando  
la marea y la noche los borraba, naves  
a sotavento los rodeaban, prudentes,  
huyendo de la insidia. Hoy mi reino  
es el reino de nadie. El puerto  
enciende para otros su faro; hacia altamar  
aún me impulsa el no domado espíritu  
y de la vida el doloroso amor.



UMBERTO SABA nació en Trieste en 1883; murió en Gorizia en 1957. Renunció al apellido paterno (Poli) para adoptar el de la madre —abandonada por el marido— como prueba de gratitud y admiración por el pueblo judío (Saba, en hebreo, significa “pan”). Se formó en la Trieste *mitteleuropea* del imperio austro-húngaro, encrucijada cultural en la que se entreveran elementos serbo-croatas, gitanos, judíos e italianos, en una coexistencia muy difícil. De joven trabajó como mozo en un almacén de provisiones navieras, y en 1908 se enroló como voluntario en un regimiento de infantería emplazado en Salerno. Al volver a Trieste, se dedicó a la compraventa de antigüedades y libros de segunda mano, hasta que pudo abrir un bazar propio en la calle de San Nicolás, “rara tiendita de libros viejos”, en la cual se reunían con frecuencia importantes figuras literarias de aquellos tiempos, como Eugenio Montale, Mario Luzi, James Joyce, Slatapper, Italo Svevo, sólo por citar a algunos. En 1946 ganó el premio “Viareggio”, en 1951 el “Feltrinelli”, y en 1957 el “Marzotto”, que compartió con Mario Luzi. Los temas de la poesía sabiana fueron siempre las “cosas ligeras y vagantes”, las pequeñas cosas cotidianas que sabía ver y amar como protagonista en el drama que constituye el insobornable amor por la vida. LC